EL HOMBRE QUE NUNCA ESTUVO SOLO

AUTOR:

JMMPEDRÓS

EL HOMBRE QUE NUNCA ESTUVO SOLO

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

Desde que era un niño, una misteriosa mujer vestida de negro y un enigmático desconocido aparecen en los momentos más decisivos de su vida. Nadie más puede verlos. Nadie puede explicar quiénes son.

Convencido de que posee un extraño don, dedicará toda su existencia a buscar respuestas. Pero cuanto más se acerca a la verdad, más preguntas surgen.

Lo que comienza como una lucha contra la Muerte acabará convirtiéndose en el viaje más profundo que un ser humano puede emprender: el descubrimiento de quiénes caminan realmente a su lado y de por qué, en realidad, nunca estuvo solo.

SINOPSIS **0**
CAPÍTULO 1 ..... **1**
CAPÍTULO 2 ..... **9**
CAPÍTULO 3 ..... **16**
CAPÍTULO 4 ..... **28**
CAPÍTULO 5 ..... **55**
CAPÍTULO 6 ..... **59**

CAPÍTULO 1

El anciano caminaba apoyado en un bastón que parecía tan cansado como él. Cada paso era una pequeña batalla contra el tiempo, y cada respiración un recuerdo de que los años nunca hacen treguas.

Al llegar a la cima de una colina, dejó caer el pesado haz de leña que llevaba a la espalda y suspiró.

—¡Estoy agotado! ¡Ojalá viniera la muerte y terminara de una vez con este sufrimiento!

El viento dejó de soplar.

El bosque quedó en silencio.

Y, de pronto, una figura envuelta en una larga capa oscura apareció frente a él.

—Me has llamado —dijo con voz tranquila.

El viejo dio un salto hacia atrás, más por el susto que por la agilidad.

—¿Quién eres?

—Soy la Muerte.

El anciano tragó saliva.

—No... No esperaba que vinieras de verdad.

—Sin embargo, aquí estoy. Dijiste que querías que acabara con tu sufrimiento.

El viejo permaneció callado unos instantes. Luego carraspeó.

—Bueno... quizá exageré un poco.

La Muerte arqueó una ceja.

—Los humanos tenéis esa costumbre. Me invocáis cuando el dolor aprieta, pero cuando aparezco siempre encontráis un motivo para seguir viviendo.

—Es que aún me quedan cosas por hacer.

—¿Como cuáles?

El anciano pensó durante un momento.

—Ver un amanecer más... comer el pan recién hecho de la panadería del pueblo... escuchar reír a mis nietos... sentarme bajo el viejo olivo de mi casa... Son cosas pequeñas.

La Muerte sonrió con una dulzura inesperada.

—Las cosas pequeñas son precisamente las que más pesan cuando llega la hora de partir.

El viejo recuperó el valor.

—Entonces, ¿por qué vienes tan deprisa cuando alguien te llama?

—Porque mi deber es escuchar. Pero nunca soy yo quien decide cuándo una vida ha terminado. Solo acompaño el instante en que el tiempo ha dicho su última palabra.

El anciano respiró aliviado.

—Así que... ¿puedo seguir viviendo?

—Mientras tu reloj continúe latiendo, sí.

El viejo entrecerró los ojos.

—Entonces no eres tan poderosa como dicen.

La Muerte no se inmutó.

—Nunca lo he sido.

—¡Vamos! Todos te temen.

—No me temen a mí. Temen perder lo que aman, lo que conocen, lo que creen que les pertenece.

—Pero eres tú quien se los lleva.

—No. Yo solo recojo lo que el tiempo ya ha soltado.

El anciano golpeó el suelo con el bastón.

—¡Eso son palabras! Si tú no aparecieras, seguiríamos viviendo.

—¿Y quién te ha dicho que la vida puede existir sin un final?

—Yo no quiero finales.

—Nadie los quiere. Pero imagina un bosque donde ningún árbol cayera jamás. La luz no llegaría al suelo, las semillas nunca encontrarían sitio para crecer y el bosque acabaría muriendo por exceso de vida.

El viejo guardó silencio unos instantes.

—Siempre tenéis una respuesta para todo.

—No. Solo llevo escuchando las mismas preguntas desde que el primer ser humano abrió los ojos.

—Pues escucha una nueva.

—Te escucho.

—¿Qué gana la muerte llevándose a un anciano? Ya he trabajado, he sufrido, he amado y apenas puedo caminar. ¿Qué sentido tiene llevarse precisamente a quien menos daño puede hacer?

La Muerte sonrió con tristeza.

—Porque la muerte no castiga.

—¿No?

—No distingue entre reyes y mendigos, entre niños y ancianos, entre sabios y necios. Si eligiera, sería injusta. Mi única justicia es no elegir.

El viejo resopló.

—Bonita manera de librarte de la culpa.

—¿Y tú? Si pudieras decidir quién vive y quién muere, ¿serías capaz de hacerlo sin equivocarte?

El anciano abrió la boca para responder... pero ninguna palabra salió de ella.

Tras un largo silencio, murmuró:

—Supongo que no.

—Por eso ese trabajo nunca fue entregado a los hombres.

El viejo apoyó ambas manos sobre el bastón.

—Aun así, sigo sin caerte bien.

La Muerte dejó escapar una leve carcajada.

—Eso también lo llevo oyendo desde hace siglos.

—Y seguirá siendo así.

—Probablemente.

—Pero te diré una cosa.

—Adelante.

—Cuando llegue mi hora, no pienso irme sin protestar.

La Muerte inclinó la cabeza con una sonrisa apenas visible.

—Sería una decepción que no lo hicieras. Los viejos que han aprendido a discutir con la vida suelen ser los últimos en rendirse.

El anciano sonrió por primera vez desde que comenzó aquella extraña conversación.

—Entonces aún me queda guerra.

—Mientras tu reloj siga latiendo... toda la que quieras.

La Muerte dejó escapar una risa tan discreta que apenas alteró el silencio del bosque.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Empiezas a caerme bien.

El anciano frunció el ceño.

—No sé si debo sentirme halagado o preocupado.

—Las dos cosas.

—¿Y eso por qué?

—Porque la mayoría, cuando me ve, tiembla. Tú, en cambio, me llevas la contraria desde que aparecí.

—Es que nunca me ha gustado que me den órdenes.

—Ya me había dado cuenta.

La Muerte dio un par de pasos alrededor del anciano, observándolo como quien examina una pieza curiosa.

—Voy a proponerte un trato.

—¿Un trato? Pensaba que tú no hacías tratos.

—Normalmente no. Pero las conversaciones interesantes son tan escasas que no conviene terminarlas demasiado pronto.

El viejo cruzó los brazos.

—Habla.

—Yo no volveré a molestarte hasta que llegue tu verdadera hora.

—Eso suena bien.

—A cambio...

—Ya sabía yo que había una trampa.

—A cambio dejarás de llamarme cada vez que te duelan los huesos, la espalda o las rodillas.

El anciano carraspeó con gesto inocente.

—Yo nunca te llamo.

La Muerte levantó una ceja.

—Hace apenas unos minutos gritabas: "¡Ojalá viniera la muerte!"

—Era una forma de hablar.

—Pues procura hablar con más precisión. Cada vez que lo haces, tengo que comprobar si hablas en serio.

El viejo soltó una carcajada.
—¿De verdad te haces el viaje por culpa de viejos gruñones como yo?

—No te imaginas cuántas veces al día.

—Entonces debes de estar agotada.

—Muchísimo más de lo que creéis.

El anciano asintió lentamente.

—Visto así... quizá te deba una disculpa.

—Aceptada.

—Pero no prometo dejar de quejarme.

—Quejarte es un derecho. Invocarme por capricho, no.

El viejo extendió la mano.

—Entonces tenemos un acuerdo.

La Muerte observó aquella mano áspera, llena de arrugas y cicatrices.

Sonrió.

Y, para sorpresa del anciano, la estrechó.

—Trato hecho.

—Aunque te advierto una cosa.

—¿Cuál?

—Si dentro de veinte años sigo vivo, volveremos a discutir.

La Muerte soltó una carcajada franca.

—Eso espero. Sería una pena perder al único mortal que ha conseguido hacerme reír.

Los dos permanecieron unos segundos en silencio.

Después, el viejo se echó el haz de leña al hombro.

La Muerte se hizo a un lado con una elegante inclinación.

—Continúa tu camino.

—¿Y tú?

—Yo también tengo mucho trabajo.

El anciano dio unos pasos y, sin volverse, levantó una mano en señal de despedida.

—Hasta otro día... pero que tarde mucho.

La Muerte respondió con una sonrisa.

—Créeme... en eso estamos completamente de acuerdo.

CAPÍTULO 2

Pasaron los años.

No fueron muchos ni pocos; fueron exactamente los que la vida había guardado para él.

El anciano siguió discutiendo con los vecinos, riñendo con sus rodillas cada mañana y agradeciendo cada amanecer como si fuera un regalo inesperado. De vez en cuando recordaba a aquella extraña viajera vestida de negro y sonreía para sus adentros.

—Todavía no —murmuraba.

Y la vida continuaba.

Hasta que una mañana abrió los ojos y comprendió que el aire ya no obedecía a sus pulmones.

Quiso incorporarse, pero el cuerpo no respondió.

A su alrededor estaban sus hijos, sus nietos y algunos viejos amigos. Unos rezaban en silencio. Otros lloraban. Todos le sostenían la mano como si con aquel gesto pudieran impedir que el tiempo siguiera avanzando.

Entonces la habitación se volvió extrañamente serena.

El reloj dejó de hacer ruido.

Los sollozos parecieron alejarse.

Y, apoyada junto a la puerta, estaba ella.

La Muerte.

No llevaba la severidad del primer encuentro. En su rostro había la misma sonrisa tranquila con la que se despide un viejo amigo.

—Te dije que volveríamos a vernos.

El anciano suspiró.

—Lo sé... y, por una vez, has cumplido tu palabra.

—También tú cumpliste la tuya.

—¿Cuál?

—Viviste. Dejaste de llamarme por cada dolor y aprovechaste el tiempo que te quedaba.

El viejo miró a su familia.

—No están preparados.

—Nunca lo están.

—Yo tampoco.

La Muerte se acercó lentamente.

—Nadie lo está del todo. Pero recuerda nuestro acuerdo.

El anciano sonrió con resignación.

—Sí... cuando llegara mi verdadera hora, no discutiría contigo.

La Muerte negó con la cabeza.

—No exactamente.

El viejo frunció el ceño.

—¿No?

—Dijiste que, cuando llegara ese día, protestarías hasta el final.

El anciano soltó una débil carcajada.

—Es verdad... casi lo había olvidado.

Respiró con dificultad y añadió:

—Pues empiezo ahora mismo. Me parece muy mala educación presentarte cuando tengo la casa llena de visitas.

La Muerte rio con ganas.

—No esperaba menos de ti.

El anciano dirigió una última mirada a los rostros que lo rodeaban.

—Cuídalos.

—No puedo hacerlo por ti.

—Ya lo sé... pero déjame creer que sí.

La Muerte extendió la mano.

—Es hora de partir.

El anciano la contempló unos instantes.

Después sonrió con la misma serenidad con la que había aceptado cada amanecer desde aquel primer encuentro.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Al final... no has venido a quitarme la vida.

—No.

—Has venido a recogerla.

La Muerte inclinó la cabeza.

—Y ha sido una buena vida.

El anciano tomó su mano.

En ese mismo instante, una paz profunda llenó la habitación.

Los familiares siguieron abrazados al cuerpo inmóvil del viejo, ignorando que él ya caminaba despacio por un sendero bañado de luz, conversando una vez más con aquella compañera de viaje con la que había empezado discutiendo... y de la que terminaba despidiéndose como de una vieja amiga.

El anciano sintió que el peso de los años había desaparecido.

Ya no le dolían las rodillas.

No necesitaba el bastón.

Respiró profundamente, aunque comprendió que aquel aire no pertenecía al mundo que acababa de abandonar.

La Muerte seguía sujetando su mano.

—¿Así que esto es morir?

Ella sonrió.

—No. Esto es comenzar otro camino.

Ante ellos se extendía un horizonte imposible. No había sol ni luna, y, sin embargo, todo estaba iluminado por una claridad suave que parecía nacer de todas partes.

El viejo observó senderos que se dividían en incontables direcciones. Algunos ascendían hacia montañas cubiertas de niebla. Otros descendían a valles donde brillaban ríos de luz. Más allá se alzaban ciudades silenciosas, jardines infinitos y bosques donde las hojas susurraban nombres olvidados.

—¿Qué lugar es este?

—La frontera.

—¿Entre la vida y la muerte?

—Entre lo que fuiste... y lo que aún puedes llegar a ser.

El anciano miró a su alrededor. Miles de almas caminaban por aquellos senderos. Ninguna parecía sufrir, pero todas llevaban en el rostro la expresión de quien busca comprender algo que había dejado sin resolver.

—¿Quiénes son?

—Viajeros como tú.

—¿Y adónde van?

—Cada uno al lugar que necesita.

—No lo entiendo.

La Muerte comenzó a caminar despacio.

—Muchos creen que, al morir, todo termina. Otros imaginan un único destino para todos. La verdad es más compleja. Cada alma continúa el viaje allí donde dejó incompleto su aprendizaje.

—¿Aprendizaje?

—El orgullo, el miedo, la avaricia, la culpa, el perdón, la compasión... Cada vida enseña algo. Muy pocos terminan de aprenderlo en una sola existencia.

El anciano guardó silencio.

—¿Entonces esos mundos... son un castigo?

La Muerte negó con dulzura.

—No. Los castigos los inventan los vivos. Aquí solo existen las consecuencias de lo que cada uno sembró. Algunos deberán enfrentarse a su propia soberbia. Otros caminarán junto a quienes hicieron sufrir para comprender su dolor. Y habrá quienes simplemente necesiten aprender a perdonarse.

El viejo respiró hondo.

—¿Y tú? ¿Nos acompañas a todos?

Ella sonrió.

—Solo durante el primer tramo. Soy la puerta, no el destino.

—Creía que eras fría e implacable.

—Y yo creía que eras un viejo insoportable.
El anciano soltó una carcajada.

—Parece que los dos nos equivocamos.

Continuaron caminando.

A medida que avanzaban, los senderos se multiplicaban como las ramas de un árbol infinito.

Cada camino conducía a un mundo distinto. Algunos eran luminosos y serenos; otros, oscuros y llenos de ecos del pasado. Pero ninguno era eterno. Todos ofrecían una nueva oportunidad para comprender aquello que la vida había dejado sin terminar.

La Muerte se detuvo ante una bifurcación.

—Hasta aquí puedo acompañarte.

—¿Nos despedimos otra vez?

Ella negó con la cabeza.

—No. Los viajeros vuelven a encontrarse muchas veces. El universo es mucho más pequeño de lo que imaginan los hombres.

El anciano sonrió.

—Entonces procuraré tener nuevas preguntas para la próxima vez.

La Muerte le apretó la mano con afecto.

—Eso espero. Las respuestas solo tienen valor cuando alguien conserva la curiosidad de seguir preguntando.

CAPÍTULO 3

El viejo dio el primer paso hacia el sendero que le correspondía.

Por primera vez desde que abandonó el mundo de los vivos, no sintió miedo.

Porque comprendió que la muerte nunca había sido el final del viaje.
Solo era la compañera que lo había acompañado hasta la siguiente puerta.

El anciano avanzó por el sendero en silencio.

La Muerte había desaparecido sin despedirse. Sabía que, a partir de aquel instante, el camino debía recorrerlo solo.

De repente...

Un llanto rompió la inmensidad.

Era el llanto de un niño.

No procedía de ningún lugar concreto y, al mismo tiempo, parecía surgir de todos los rincones del universo.

Era un llanto limpio, lleno de miedo, de vida y de esperanza.

El anciano se detuvo.

—¿Quién puede llorar aquí?

Nadie respondió.

El llanto volvió a escucharse.

Más intenso.

Más cercano.

La curiosidad pudo más que cualquier otra emoción y comenzó a caminar siguiendo aquel sonido.

Cuanto más avanzaba, más joven se sentía el llanto. No era un niño de meses ni de días. Era el primer llanto... el que anuncia la llegada de una nueva vida.

Finalmente llegó a una inmensa sala circular.

No tenía paredes.

No tenía techo.

Las estrellas parecían formar parte de ella.

En el centro, envuelto por una luz blanca, había un pequeño recién nacido.

El anciano sonrió con ternura.

—Pobrecillo... acaba de llegar.

Se acercó unos pasos.

Entonces el niño abrió los ojos.

El anciano sintió un estremecimiento.

Conocía aquella mirada.

Conocía aquella pequeña cicatriz junto a la ceja izquierda.

Conocía incluso la forma de cerrar el puño.

Retrocedió lentamente.

—No... no puede ser...

Una voz serena surgió de la luz.

—Sí. Eres tú.

El anciano permaneció inmóvil.

Frente a él estaba el primer instante de su existencia.

El momento exacto en el que respiró por primera vez.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro.

—Hace tanto tiempo...

—Para el universo solo ha sido un latido.

En ese instante, el espacio entero vibró.

Miles de diminutos destellos comenzaron a reunirse sobre sus cabezas.

Formaban una inmensa pantalla suspendida en el vacío.

No estaba hecha de cristal ni de luz.

Parecía construida con recuerdos.

El anciano levantó la vista.

La pantalla permaneció en silencio unos segundos.

Después apareció la primera imagen.

Una mujer agotada sostenía entre sus brazos a un recién nacido mientras un hombre, con lágrimas en los ojos, sonreía sin poder creer el milagro que contemplaba.

El llanto volvió a llenar el universo.

Era el mismo que lo había guiado hasta allí.

El suyo.

Las imágenes comenzaron a sucederse lentamente.

Su primera sonrisa.

El primer paso inseguro.

Las rodillas llenas de heridas por jugar demasiado.

El primer día de escuela.

Las travesuras.

Los miedos que nunca confesó.

Los abrazos que olvidó agradecer.

Las manos que lo levantaron cuando cayó.

El primer amor.

Los errores.

Las decisiones acertadas.

Las promesas incumplidas.

Las noches de soledad.

Los nacimientos de sus hijos.

Las despedidas.

Los silencios.

Las palabras que nunca dijo.

Y también aquellas que jamás debieron salir de su boca.

El anciano observaba sin poder apartar la mirada.

No había narrador.

No había juez.

Solo la verdad.

Una verdad imposible de esconder.

Entonces comprendió algo que nunca había imaginado.

Aquella pantalla no mostraba únicamente lo que había hecho.

Mostraba también lo que cada uno de sus actos había provocado en los demás.

Cada gesto de bondad iluminaba decenas de vidas.

Cada palabra cruel dejaba una sombra que se extendía mucho más lejos de lo que él había creído.

Por primera vez entendió que ninguna vida pertenece solo a quien la vive.

Cada existencia escribe, sin saberlo, una pequeña parte de la historia de miles de personas.

El anciano bajó la cabeza.

—Ahora comprendo...

La voz volvió a hablar.

—Aún no.

—¿No?

—Todavía solo has visto tu vida con tus ojos.

Ahora tendrás que aprender a verla con los ojos de todos aquellos que caminaron contigo.

Y entonces empezó la verdadera revisión de su existencia.

El dolor se mezclaba con la alegría.

Nada lograba consolarlo por completo.

Nada conseguía entristecerlo para siempre.

Cada fotograma era una vida dentro de su propia vida.

Cuando contemplaba el sufrimiento que había causado, aunque hubiera sido con una palabra descuidada o un simple gesto de indiferencia, un peso insoportable se apoderaba de él. No era culpa; era comprender el dolor que el otro había sentido, como si ahora habitara en su propia alma.

Pero, un instante después, la pantalla le mostraba una sonrisa que había provocado sin saberlo, una mano tendida, un abrazo, un consejo oportuno, un acto de generosidad olvidado hacía décadas.

Entonces una inmensidad de amor lo inundaba.

No era un amor que pudiera describirse con palabras.

Lo atravesaba.

Lo desbordaba.

Lo envolvía hasta el punto de creer que iba a disolverse en él.

Comprendió que el amor también podía doler cuando era demasiado grande para un solo corazón.

La pantalla no se detenía.

El sufrimiento...

La alegría...

La culpa...

La gratitud...

La vergüenza...

La ternura...

La esperanza...

La desesperación...

Cada emoción llegaba con la intensidad de una tormenta y desaparecía para dejar paso a la siguiente.

Era como viajar en una montaña rusa construida con todos los sentimientos posibles.

Subía hasta la cima del amor más puro...

Y, sin previo aviso, descendía al abismo más profundo del arrepentimiento.

Una y otra vez.

Sin descanso.

Sin posibilidad de cerrar los ojos.

Sin posibilidad de escapar.

El anciano comenzó a temblar.

Sentía que su alma era demasiado pequeña para contener tanto.

Cayó de rodillas.

Se llevó las manos al pecho.

Y, con el último aliento que creyó conservar, gritó:

—¡¡¡Alto...!!!

Su voz atravesó la inmensidad.

Las estrellas vibraron.

Los senderos se estremecieron.

Los mundos guardaron silencio.

—¡¡Ya no aguanto más...!!

El eco de su grito recorrió todo el universo...

Y, de pronto...

Se oyó una carcajada.

Después otra.

Y otra.

Y otra más.

En apenas unos instantes, miles... millones de carcajadas comenzaron a brotar de todas las direcciones.

No eran burlonas.

No eran crueles.

Eran carcajadas llenas de comprensión.

Como las de quienes reconocen en otro el mismo asombro que ellos sintieron una vez.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

—¿Quiénes sois? —preguntó, desconcertado.

Las risas fueron apagándose hasta convertirse en un murmullo inmenso.

Entonces una voz, que parecía formada por todas las voces del universo, respondió con infinita ternura:

—Tranquilo...

Todos gritamos lo mismo la primera vez.

Entonces ocurrió.

Una luz inmensa, pero no cegadora, apareció ante él.

No era una luz que iluminara los ojos.

Iluminaba el alma.

De aquella claridad emanaba un amor imposible de describir, un amor tan inmenso que parecía consumir todo cuanto había sido sin hacerle daño. Ardía... pero no quemaba. Lo abrazaba con una dulzura infinita mientras lo arrastraba hacia un horizonte sin principio ni final.

El anciano dejó de oponer resistencia.

Se dejó llevar.

Sintió que atravesaba el infinito, como si el universo entero respirara con él.

Y, de pronto...

Una mano lo sujetó con firmeza.

Otra empujó su espalda.

El calor desapareció.

La inmensidad se cerró.

El silencio se rompió.

Todo volvió a ser incómodamente pequeño.

Frío.

Pesado.

Entonces comprendió que volvía a respirar.

Un grito brotó de su pecho.

No era un grito de miedo.

Era el primer llanto de una nueva existencia.

Apenas podía abrir los ojos.

Todo era confuso.

Sombras que se movían apresuradamente.

Voces desconocidas.

Luces blancas.

El olor inconfundible de un quirófano.

Un médico levantó al recién nacido mientras una enfermera sonreía satisfecha.

—Ha nacido fuerte.

El niño lloró con todas sus fuerzas.

No sabía por qué.

Solo sabía que acababa de abandonar un lugar donde el amor lo llenaba todo para entrar en otro donde tendría que aprenderlo de nuevo.

Entonces la vio.

Una mujer exhausta, con el rostro bañado en sudor y lágrimas, extendía los brazos hacia él.

Sin comprender cómo, supo quién era.

Su madre.

Cuando lo depositaron sobre su pecho, el pequeño dejó de llorar poco a poco.

Escuchó los latidos de aquel corazón.

Sintió el calor de aquella piel.

Y entendió, sin necesidad de palabras, que ningún lugar del universo podía ofrecerle, en aquel instante, mayor seguridad.

Los médicos y las enfermeras abandonaron discretamente la sala.

Madre e hijo quedaron solos.

Ella lloraba de felicidad.

Él buscaba instintivamente su calor.

Nada.

Ni nadie.

Podría sustituir jamás aquel primer abrazo.

En un rincón del quirófano, invisible para todos, permanecía la Muerte.

Observaba la escena con una sonrisa serena.

No había tristeza en sus ojos.

Solo una ternura nacida de haber contemplado aquel milagro incontables veces.

Negó lentamente con la cabeza.

—Bienvenido otra vez, viejo gruñón —susurró con una sonrisa.

El recién nacido abrió un instante los ojos, como si hubiera reconocido aquella voz lejana.

Después volvió a dormirse sobre el pecho de su madre.

La Muerte dejó escapar una suave carcajada.

—Empiezas de nuevo... y ya me has dado otro trabajo.

CAPÍTULO 4

Se volvió hacia la puerta.

En el hospital la esperaban otras despedidas, otros nacimientos y miles de historias entrelazadas. No había tiempo para la nostalgia. Su oficio era interminable.

Mientras se alejaba por el pasillo, murmuró para sí:

—Nos volveremos a encontrar.

Y, aunque el niño jamás podría recordarlo, una parte muy profunda de su alma pareció sonreír.

Porque, en algún rincón de su nueva existencia, seguía viviendo el viejo que un día discutió con la Muerte... y terminó descubriendo que, más que su enemiga, siempre había sido su más fiel compañera de viaje.

Apenas tenía cinco años.

Era la edad en la que los días parecían no terminar nunca y cualquier piedra podía convertirse en una montaña, cualquier rama en una espada y cualquier charco en un océano por descubrir.

Aquella mañana perseguía una mariposa amarilla.

Reía.

Corría sin mirar.

La mariposa cruzó el viejo camino de tierra y desapareció entre la maleza.

El niño fue tras ella.

No conocía aquel lugar.

Ni sabía que, oculto por las zarzas y la hierba alta, se abría un antiguo pozo de riego, olvidado desde hacía muchos años.

Siguió corriendo.

Un paso más...

Y otro.

Su pequeño pie quedó suspendido sobre el vacío.

Entonces...

Todo se detuvo.

La mariposa dejó de mover las alas.

Las hojas permanecieron inmóviles en el aire.

El viento desapareció.

Hasta el canto de los pájaros quedó suspendido en un silencio imposible.

El niño parpadeó, confundido.

—¿Qué pasa?

Una voz respondió detrás de él.

—Nada que deba preocuparte.

Se giró despacio.

A unos metros había una mujer.

Vestía completamente de negro.

No inspiraba miedo.

Tampoco confianza.

Simplemente estaba allí, como si hubiera permanecido en aquel lugar desde siempre.

Su rostro era sereno.

Sus ojos parecían contener una tristeza tan antigua como el mundo.

El niño la observó con la naturalidad con la que solo un niño puede aceptar lo extraordinario.

—¿Quién eres?

Ella sonrió apenas.

—Todavía no importa.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Entonces por qué me miras así?

La mujer dio un paso hacia él.

—Porque aún no es el momento.

El niño frunció el ceño.

—¿El momento de qué?

Ella levantó suavemente una mano y señaló el suelo.

—Todavía no.

Apenas pronunció aquellas dos palabras.

El tiempo volvió a ponerse en marcha.

La mariposa reanudó su vuelo.

Los pájaros continuaron cantando.

El viento agitó los árboles.

Y, en ese mismo instante, el niño perdió el equilibrio.

Pero una gruesa raíz sobresalía del terreno.

Su pie chocó contra ella y cayó hacia atrás de espaldas.

Sorprendido, permaneció sentado unos segundos.

Frente a él descubrió el oscuro brocal del pozo.

Se acercó despacio.

Miró hacia abajo.

No alcanzó a ver el fondo.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Volvió la vista para buscar a la mujer.

Había desaparecido.

Solo quedaba el sendero.

Y la mariposa, que seguía revoloteando ajena a todo.

Aquella tarde, durante la cena, habló con absoluta naturalidad.

—Hoy una señora me salvó de caer al pozo.

Su madre dejó la cuchara sobre la mesa.

—¿Qué señora?

—Una muy alta.

Vestía de negro.

Me dijo: "Todavía no".

Su padre intercambió una mirada con la madre.

—Hijo... allí no había nadie.

—Sí que estaba.

—¿Quién la vio?

El niño bajó la cabeza.

—Solo yo.

Su abuela sonrió con ternura y le acarició el pelo.

—Habrás tenido un sueño despierto.

El niño negó con energía.

—No estaba soñando.

—A veces la imaginación hace cosas muy raras.

Él no respondió.

Aquella noche tardó mucho en dormirse.

Y, justo antes de cerrar los ojos, creyó verla otra vez.

De pie junto a la ventana.

Sin moverse.

Sin decir una palabra.

Solo observándolo.

El niño sonrió.

Ella respondió con una leve inclinación de cabeza.

Después desapareció con la misma discreción con la que había llegado.

Muchos años más tarde, cuando la vida ya le había enseñado lo suficiente para comprender ciertas cosas, recordaría aquella primera mirada.

Y entendería que, desde aquel día, nunca había estado verdaderamente solo.

Los años fueron borrando el recuerdo del viejo pozo.

O, al menos, eso creyó.

La vida siguió su curso entre juegos, deberes escolares, algún castigo merecido y otros tantos inmerecidos. Poco a poco, la mujer vestida de negro fue quedando relegada a un rincón de su memoria, como esos sueños de la infancia que uno recuerda sin saber si ocurrieron de verdad.

Hasta que cumplió catorce años.

Aquella tarde salía del instituto con un grupo de amigos. Reían, se empujaban y corrían de un lado a otro sin prestar demasiada atención al tráfico.

Uno de ellos lanzó una pelota que fue a parar al centro de la calzada.

—¡Voy yo! —gritó el muchacho.

Corrió tras ella.

Entonces la vio.

Al otro lado de la calle, inmóvil entre la gente que esperaba para cruzar, estaba la misma mujer.

No había envejecido.

Ni una arruga más.

Ni una cana.

Vestía exactamente igual que el día del pozo.

Ella no hizo ningún gesto.

Solo lo miró fijamente.

El muchacho sintió un escalofrío.

Sin saber por qué, se quedó inmóvil.

En ese mismo instante, un camión pasó a toda velocidad por el lugar donde habría estado un segundo antes.

El aire desplazado por el vehículo le golpeó el rostro.

Los amigos comenzaron a gritar.

—¡Estás loco!

—¡Por poco te mata!

Él apenas los escuchaba.

Buscaba desesperadamente a la mujer.

Había desaparecido.

Aquella noche apenas pudo dormir.

Ya no podía atribuir aquel recuerdo a la imaginación de un niño.

La había visto.

Era la misma.

Con el mismo vestido.

Con la misma serenidad.

Y con aquellos ojos que parecían conocer algo que nadie más sabía.

Desde entonces comenzó a fijarse.

Y descubrió un extraño patrón.

La mujer aparecía muy de vez en cuando.

Nunca hablaba.

Nunca sonreía.

Nunca hacía un gesto para llamarlo.

Simplemente estaba allí.

Observándolo.

Y, poco después, ocurría algo importante.

No siempre era un accidente.

A veces era una decisión.

Como el día en que aceptó defender a un compañero al que todos se burlaban. La mujer permanecía de pie al fondo del patio mientras él dudaba entre intervenir o marcharse. Cuando decidió dar un paso al frente, ella desapareció.

Otra vez la encontró la tarde en que estuvo a punto de subirse a la motocicleta de un amigo que conducía sin casco y demasiado deprisa.

Volvió a verla.

Se detuvo.

Inventó una excusa para no subir.

Apenas unos minutos después, la moto derrapó en una curva.

Nadie murió, pero el accidente fue grave.

El muchacho empezó a obsesionarse.

Compró libros sobre fenómenos paranormales.

Leyó historias de premoniciones, espíritus protectores, ángeles y apariciones.

Buscaba una explicación que encajara con lo que estaba viviendo.

Todas parecían incompletas.

Con el tiempo llegó a una conclusión.

Quizá poseía un don.

Quizá podía presentir las desgracias antes de que ocurrieran.

Sin darse cuenta, empezó a confiar más en aquellas intuiciones que en la lógica.

Sus decisiones comenzaron a depender de una presencia que nadie más veía.

Pero había algo que no conseguía entender.

Si realmente aquella mujer acudía para evitar los accidentes...

¿Por qué algunas veces aparecía cuando no existía ningún peligro?

¿Por qué permanecía en silencio mientras él tomaba decisiones que cambiarían su vida para siempre?

Aquella pregunta lo acompañó durante muchos años.

Y la mujer siguió haciendo exactamente lo mismo.

Estar.

Observar.

Esperar.

Como si conociera un destino que él todavía era incapaz de comprender.

Los años pasaban.

La mujer seguía apareciendo.

Nunca anunciaba su llegada.

Nunca se despedía.

Simplemente estaba allí.

A veces permanecía unos segundos.

Otras, apenas un instante.

Pero siempre coincidía con algún momento que, mucho tiempo después, terminaría cambiando el rumbo de su vida.

Aquella certeza comenzó a perseguirlo.

Ya no podía vivir como si nada ocurriera.

Necesitaba respuestas.

La primera conclusión fue la más sencilla.

—Estoy enfermo.

Visitó a un psicólogo.

Durante varias sesiones habló de aquella mujer.

Describió su rostro.

Su vestido.

Su forma de mirarlo.

El profesional escuchó atentamente.

Al terminar, le habló de la imaginación, de los mecanismos de defensa, de los recuerdos infantiles y de las alucinaciones asociadas al estrés.

Todo era razonable.

Todo tenía lógica.

Excepto un pequeño detalle.

La mujer seguía apareciendo.

Salió de la consulta más confundido de lo que había entrado.

Después acudió a un sacerdote.

El anciano lo escuchó con paciencia.

—Tal vez sea tu ángel de la guarda.

—No tiene aspecto de ángel.

—Los caminos de Dios son misteriosos.

Aquella respuesta tampoco le sirvió.

Si era un ángel...

¿Por qué nunca sonreía?

¿Por qué nunca lo consolaba?

¿Por qué parecía observar el mundo con una tristeza infinita?

Continuó buscando.

Leyó cuanto libro cayó en sus manos.

Parapsicología.

Fenómenos inexplicables.

Premoniciones.

Experiencias cercanas a la muerte.

Filosofía.

Religiones orientales.

Espiritualismo.

Incluso asistió, movido más por la curiosidad que por la fe, a reuniones donde médiums aseguraban comunicarse con los muertos.

Nadie supo decirle quién era aquella mujer.

Todos tenían una teoría.

Ninguna una respuesta.

Un profesor de física, al que admiraba profundamente, escuchó la historia sin reírse.

Cuando terminó, permaneció unos segundos en silencio.

—¿Y nunca has pensado que simplemente tu cerebro te engaña?

—Claro que lo he pensado.

—Es la explicación más probable.

—Entonces dígame una cosa.

—¿Cuál?

—¿Por qué aparece siempre antes de que ocurra algo que cambia mi vida?

El profesor sonrió.

—Porque solo recuerdas las veces que acierta.

Él quiso creer aquella explicación.

Durante unos meses consiguió convencerse de que todo era una extraordinaria coincidencia.

Hasta que volvió a verla.

Fue el día que conoció a la mujer de la que acabaría enamorándose.

Ella estaba al fondo de la estación, inmóvil entre decenas de viajeros.

No hizo absolutamente nada.

Ni una palabra.

Ni un gesto.

Solo observó cómo dos desconocidos cruzaban sus miradas por primera vez.

Cuando él volvió a buscarla, ya no estaba.

Aquella noche comprendió que había una diferencia entre las teorías y la realidad.

Las teorías intentaban explicar el mundo.

La realidad seguía empeñada en desmentirlas.

Desde entonces dejó de buscar respuestas fuera.

Comenzó a esperar.

Sabía que la mujer volvería.

Siempre volvía.

Y cuando lo hacía, él aprovechaba cualquier ocasión para hablarle.

—¿Quién eres?

Silencio.

—¿Por qué me sigues?

Silencio.

—¿Qué quieres de mí?

Ella lo miraba con una paciencia inagotable.
A veces parecía que iba a responder.

Incluso sus labios llegaban a dibujar una leve sonrisa.

Pero nunca pronunciaba la respuesta que él llevaba años esperando.

Solo una vez habló.

Fue una tarde de lluvia.

Él acababa de perder a un ser querido y, consumido por la rabia, la encontró esperándolo bajo un viejo árbol.

Corrió hacia ella.

—¡Contéstame de una vez!

Ella sostuvo su mirada.

Y con una voz tan serena que parecía venir de muy lejos, dijo únicamente:

—Todavía no.

Las mismas dos palabras.

Las mismas que había escuchado siendo apenas un niño al borde de un pozo.

Aquella noche comprendió que su búsqueda acababa de empezar de verdad.

La vida siguió avanzando con la obstinación de los calendarios.

El muchacho se convirtió en hombre.

Llegó el trabajo.

El matrimonio.

Los hijos.

Las facturas.

Las preocupaciones.

Las pequeñas alegrías que solo descubren quienes han aprendido a valorar las cosas sencillas.

Y, entre todo aquello...

Ella.

Siempre ella.

A veces transcurrían meses sin verla.

En otras ocasiones aparecía varias veces en una misma semana.

Nunca avisaba.

Nunca explicaba nada.

Solo estaba allí.

Como una sombra paciente.

Como una vieja fotografía que el tiempo era incapaz de borrar.

El hombre dejó de sobresaltarse.

Cuando la veía, simplemente suspiraba.

—Ya estás aquí otra vez...

Ella inclinaba ligeramente la cabeza.

Era suficiente.

Habían pasado más de treinta años desde el viejo pozo.

Treinta años sin una respuesta.

Una tarde, mientras paseaba por un parque después de una dura jornada de trabajo, volvió a encontrarla.

Sentada en un banco.

Observando cómo unos niños corrían detrás de una pelota.

Se acercó despacio.

Ya no había miedo.

Solo cansancio.

Se sentó a su lado.

Durante varios minutos ninguno de los dos habló.

Finalmente rompió el silencio.

—¿Por qué apareces siempre?

Ella no apartó la vista de los niños.

—Porque estoy trabajando.

El hombre dejó escapar una sonrisa irónica.

—Bonito trabajo.

—Lo es.

—¿Y en qué consiste exactamente?

Ella respondió con la misma serenidad de siempre.

—Algún día lo comprenderás.

Él golpeó el respaldo del banco con la mano.

—¡Llevas media vida diciéndome lo mismo!

Por primera vez ella giró lentamente el rostro hacia él.

En sus ojos no había enfado.

Solo una infinita paciencia.

—Porque sigue siendo verdad.

El hombre comenzó a perder los nervios.

—¿Quién eres?

Silencio.

—¿Qué quieres de mí?

Silencio.

—¿Por qué solo yo puedo verte?

Silencio.

Se levantó de golpe.

—¡Contesta de una vez!

Ella permaneció inmóvil.

Él respiraba con dificultad.

Sentía que aquella mujer había invadido toda su existencia.

No recordaba una etapa importante de su vida en la que ella no hubiera estado presente.

Su primer accidente.

Su primer amor.

La muerte de su padre.

El nacimiento de sus hijos.

Las decisiones más difíciles.

Las renuncias.

Las despedidas.

Siempre encontraba aquellos ojos observándolo desde algún rincón.

A veces llegaba a preguntarse si realmente había tomado alguna decisión sin sentirse vigilado.

—¿No te cansas de seguirme?

Ella respondió con una serenidad desconcertante.

—No te sigo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Entonces?

—Te acompaño.

Aquellas palabras le produjeron un escalofrío.

Había una enorme diferencia entre perseguir y acompañar.

Pero aún era incapaz de comprenderla.

Se alejó unos pasos.

Después se volvió.

Ella seguía sentada en el banco.

Los niños continuaban jugando sin advertir su presencia.

Nadie parecía verla.

Solo él.

Por primera vez una idea comenzó a abrirse paso en su cabeza.

Tal vez el problema no era aquella mujer.

Tal vez el problema era él.

Durante semanas llegó a convencerse de que estaba perdiendo la razón.

Volvió a consultar médicos.

Se sometió a pruebas.

Analíticas.

Escáneres.

Evaluaciones psicológicas.

Todas concluían lo mismo.

Era un hombre completamente sano.

Aquello, lejos de tranquilizarlo, aumentó todavía más su desesperación.

Una noche, incapaz de dormir, salió al jardín de su casa.

Levantó la vista hacia el cielo.

Ella estaba allí.

De pie, bajo el viejo almendro.

Como si llevara horas esperándolo.

El hombre ya no gritó.

Ya no preguntó.

Solo murmuró con amargura:

—Sea quien seas... algún día descubriré qué escondes.

La mujer sonrió apenas.

Y, antes de desaparecer entre las sombras de la noche, pronunció unas palabras que quedaron grabadas para siempre en su memoria:

—No soy yo quien esconde la verdad.

Es el tiempo quien todavía no te permite verla.

Los años habían cumplido con su trabajo.

El cabello se había vuelto blanco.

Las manos, ásperas.

La espalda ya no discutía con el peso de los días; simplemente había aprendido a soportarlo.

El bastón marcaba el ritmo de unos pasos cada vez más lentos.

Aquella tarde caminaba por el mismo sendero donde, siendo apenas un niño, había perseguido una mariposa.

El viejo sonrió.

No recordaba el motivo.

Solo sentía que aquel lugar le pertenecía de alguna manera.

Entonces la vio.

Sentada sobre el brocal del antiguo pozo.

Vestía de negro.

Como siempre.

No había envejecido.

Ni un solo día.

El anciano dejó escapar una sonrisa cansada.

—Ya era hora.

Ella lo observó con la misma serenidad de siempre.

—Has tardado mucho.

—No. Has sido tú quien ha venido demasiado pronto durante toda mi vida.

La mujer negó con suavidad.

—Nunca antes de tiempo.

El anciano apoyó ambas manos sobre el bastón.

Esta vez no preguntó quién era.

No hacía falta.

Había tardado toda una vida en comprender aquello que ninguna respuesta podía enseñarle.

Las piezas encajaban por fin.

Los accidentes evitados.

Las decisiones importantes.

Las despedidas.

Los nacimientos.

Las pérdidas.

Las noches de desesperación.

Los momentos de felicidad.

Ella siempre había estado allí.

No para decidir.

No para mandar.

No para castigar.

Simplemente...

Para acompañar.

El anciano levantó lentamente la vista.

—Así que eres tú.

Ella inclinó apenas la cabeza.

—Sí.

Él soltó una breve carcajada.

—¿Sabes lo peor?

—¿Qué?

—Que llevo media vida enfadado contigo...

...y la otra media intentando encontrarte.

La mujer sonrió.

—Lo sé.

—¡Podrías haberme dicho quién eras!

—No me habrías creído.

El viejo resopló.

—Es posible.

Permanecieron unos minutos contemplando el agua inmóvil del pozo.

Fue el anciano quien rompió el silencio.

—He llegado a odiarte.

—También lo sé.

—Te culpé de todas las desgracias.

—Lo sé.

—Pensé que me perseguías.

Ella lo corrigió con infinita delicadeza.

—Nunca te perseguí.

El anciano bajó la cabeza.

—Ya...

Ahora entiendo que eras tú quien estaba cuando la vida cambiaba de rumbo.

Ella no respondió.

No era necesario.

—Dime una cosa.

—Pregúntame.

—¿Cuántas veces estuve a punto de morir?

La mujer lo miró durante unos segundos.

—Muchas.

—¿Y me salvaste?

Ella negó lentamente.

—No.

El anciano frunció el ceño.

—Entonces...

—Nunca tuve que salvarte.

Cuando tu hora no había llegado, la vida encontraba siempre el camino.

Yo solo estaba presente.

El viejo permaneció largo rato en silencio.

Aquella respuesta deshacía todas las teorías que había construido durante décadas.

Nunca había sido un hombre protegido por un poder misterioso.

Había sido, simplemente, un hombre acompañado.

Respiró profundamente.

Después sonrió con esa mezcla de ironía y resignación que solo regalan los años.

—Pues menudo oficio tienes.

Ella dejó escapar una leve risa.

—No imaginas cuánto.

El anciano levantó el bastón y señaló hacia ella.

—Y otra cosa.

—¿Cuál?

—Sigo pensando que eres una entrometida.

La mujer rio por primera vez con absoluta libertad.

Una risa limpia.

Humana.

El viejo la miró sorprendido.

—¿Te hace gracia?

—Muchísima.

—¿Y de qué te ríes?
Ella tardó unos segundos en responder.

—De que eres exactamente igual que el niño que perseguía mariposas.

El anciano quiso protestar.

Pero no pudo evitar sonreír.

Comprendió entonces que aquella mujer había contemplado toda su existencia.

Había visto al niño.

Al adolescente.

Al joven.

Al hombre.

Y ahora al anciano.

Era la única testigo de su vida entera.

Por eso ya no le tenía miedo.

Las discusiones continuaban.

Las preguntas seguían siendo las mismas.

Pero algo había cambiado para siempre.

Ahora discutía con ella como se discute con una vieja compañera de camino.

CAPÍTULO 5

La Muerte comtempló la escena con nostalgia, permaneciendo inmóvil.

El anciano acababa de alejarse lentamente del sendero, ajeno a la tormenta de recuerdos que acababa de despertar en quien todos creían incapaz de sentir.

El viento agitó las hojas de los árboles.

Por primera vez en incontables siglos, la eternidad le pareció demasiado larga.

Cerró los ojos.

Y volvió a verla.

No como la mujer vestida de negro que ahora velaba silenciosamente por el anciano.

La vio tal y como era cuando el universo todavía parecía joven.

Reía.

Tenía la mirada limpia de los mortales que aún desconocen el peso del tiempo.

Nunca debieron encontrarse.

Él era la Muerte.

Ella pertenecía al efímero mundo de los hombres.

Sus caminos estaban destinados a cruzarse únicamente en el instante final de cada existencia.

Pero el destino, caprichoso incluso para los inmortales, decidió otra cosa.

Se enamoraron.

Fue un amor imposible.

Tan intenso como breve.

Tan hermoso como prohibido.

Y de aquel amor nació un niño.

Un niño que reunía en su sangre dos naturalezas incompatibles.

La eternidad...

Y el tiempo.

Cuando el Todopoderoso contempló lo sucedido, el universo entero guardó silencio.

No hubo gritos.

No hubo ira.

Solo una sentencia pronunciada con la serenidad de quien no necesita levantar la voz para ser obedecido.

—Habéis desafiado el orden que sostiene la Creación.

La mujer no bajó la cabeza.

La Muerte tampoco.

Sabían que cualquier castigo sería pequeño comparado con la dicha de haber tenido aquel hijo.

Entonces llegó la condena.

—Él vivirá como viven los hombres.

Nacerá.

Amará.

Sufrirá.

Morirá...

Y volverá a comenzar tantas veces como sea necesario.

Vosotros lo acompañaréis en cada una de sus vidas.

Lo protegeréis cuando el tiempo aún no reclame su existencia.

Velaréis por él cuando el dolor amenace con quebrarlo.

Pero jamás podréis decirle quiénes sois.

Jamás podréis llamarlo hijo.

Jamás podréis abrazarlo como padre y madre.

Y, si alguna vez os pregunta la razón de vuestra presencia...

Guardaréis silencio.

Porque solo cuando él descubra por sí mismo la verdad comprenderá el sentido de vuestra condena.

La mujer cerró los ojos.

Una única lágrima descendió por su rostro.

La Muerte, que había contemplado el último aliento de incontables mundos, sintió por primera vez el verdadero significado de la impotencia.

Desde aquel día comenzaron su penitencia.

Ella caminaba unos pasos por delante.

Él unos pasos por detrás.

Nunca juntos.

Nunca demasiado separados.

El niño creció creyéndose perseguido por un misterio.

Ellos sabían que solo estaba siendo amado.

Cada caída evitada...

Cada decisión importante...

Cada instante en que el destino podía desviarse antes de tiempo...

Allí estaban los dos.

Ella, con la ternura silenciosa de una madre que no puede acariciar a su hijo.

Él, con la paciencia infinita de un padre obligado a ocultar su propio nombre.

Y mientras el muchacho, el hombre y más tarde el anciano se rebelaban contra aquella presencia constante, ellos aceptaban cada insulto, cada reproche y cada discusión como el precio de un amor que el universo les había permitido sentir... pero nunca confesar.

La Muerte abrió lentamente los ojos.

A lo lejos, el anciano seguía caminando junto a la mujer de negro sin sospechar que aquella vieja conocida era quien, desde el primer latido de todas sus vidas, había velado sus sueños como solo una madre sabe hacerlo.

Y él...

Él continuó en silencio.

Porque incluso la Muerte había aprendido que existen palabras que solo el tiempo tiene derecho a pronunciar.

CAPÍTULO 6

El anciano permanecía inmóvil.

Frente a él estaban aquellos dos seres que habían atravesado todas sus vidas.

La Muerte.

Y la mujer vestida de negro.

Durante un largo instante nadie habló.

El silencio parecía contener el peso de todos los siglos.

Entonces, desde lo más profundo del universo, la luz volvió a aparecer.

No descendía de ningún lugar.

Simplemente era.

Su presencia llenó el espacio con una paz que ninguna palabra podía describir.

La Muerte inclinó la cabeza.

La mujer de negro hizo lo mismo.

El anciano comprendió, sin necesidad de explicación alguna, que se hallaban ante la Presencia que había dado origen a todas las cosas.

Una voz, serena y poderosa, atravesó la inmensidad.

—¿Has comprendido al fin?

El anciano miró primero a la mujer.

Después a la Muerte.

Y respondió con humildad.

—He comprendido que durante toda mi existencia me equivoqué.

Creí que me vigilaban.

Y nunca dejaron de cuidarme.

La luz permaneció en silencio.

El anciano continuó hablando.

—La culpé de todas mis desgracias.

La insulté.

La desafié.

La odié.

Y, sin embargo, nunca dejó de caminar a mi lado.

Dirigió entonces la mirada hacia la mujer de negro.

—Y tú...

Nunca dejaste de aparecer cuando más te necesitaba.

Jamás me abandonaste.

Solo guardaste silencio.

Una lágrima resbaló lentamente por el rostro de la mujer.

Era la primera vez que el anciano la veía llorar.

La voz volvió a escucharse.

—¿Y ahora?

El anciano sonrió.

Una sonrisa serena.

Sin miedo.

Sin rencor.

—Ahora solo me queda darles las gracias.

Se acercó despacio.

Primero abrazó a la mujer.

Ella rompió a llorar como solo puede llorar quien ha esperado ese instante durante una eternidad.

Después se volvió hacia la Muerte.

Durante toda una vida había discutido con él.

Lo había señalado con el bastón.

Lo había culpado de cuanto dolor había conocido.

Ahora, por primera vez, vio en sus ojos algo que jamás había advertido.

No era la mirada de la Muerte.

Era la mirada de un padre.

Sin decir una palabra, lo abrazó.

La Muerte cerró los ojos.

Y el universo entero pareció contener la respiración.

Nunca había sentido el calor de aquel abrazo.

Había esperado incontables vidas para recibirlo.

La luz se hizo todavía más intensa.

Entonces la voz habló una última vez.

—El amor desafió un día el orden de la Creación.

Por ello fuisteis separados.

Condenados a acompañar a vuestro hijo sin revelarle jamás quiénes erais.

No para castigar vuestro amor...

Sino para que aprendierais que el amor verdadero no necesita ser reconocido para existir.

Habéis cumplido vuestra condena.

El hijo conoció la verdad sin que nadie la pronunciara.

El padre soportó el silencio.

La madre renunció al abrazo.

Y el amor permaneció intacto.

No queda ya nada que purgar.

Nada que aprender.

Nada que reparar.

La condena ha terminado.

La mujer levantó lentamente la cabeza.

La Muerte dio un paso hacia ella.

Por primera vez desde el comienzo de los tiempos pudieron tomarse de la mano sin temor alguno.

El anciano los contemplaba con los ojos llenos de paz.

—Entonces... ¿ya no volveré a nacer?

La voz respondió con infinita dulzura.

—Solo renace quien aún busca su hogar.

Tú ya lo has encontrado.

El anciano respiró profundamente.

Por primera vez comprendió el sentido de todas sus vidas.

No habían sido un castigo.

Habían sido el largo camino que conducía a aquel instante.

La luz comenzó a envolverlos.

El universo, que durante incontables siglos había contemplado nacimientos y despedidas, guardó un respetuoso silencio.

Y sucedió algo que jamás había ocurrido.

La Muerte dejó de ser la Muerte.

Ya no era una función.

Ya no era un nombre.

Era, sencillamente, un padre.

La mujer de negro dejó de ocultar su rostro.

Ya no era un misterio.

Era una madre.

Y el anciano dejó de ser un viajero condenado a regresar una y otra vez.

Volvió a ser un hijo.

Los tres caminaron juntos hacia la luz.

No delante.

No detrás.

Uno al lado del otro.

Como debió haber sido desde el principio.

Mientras desaparecían en aquella claridad infinita, el universo entero pareció sonreír.

Y, por primera vez desde el origen de los tiempos, no se escuchó ningún llanto anunciando un nuevo nacimiento.

Solo un inmenso silencio.

No el silencio de la ausencia.

Sino el de una historia que, por fin, había encontrado su verdadero final.

FIN